

**JOSEP
FONTANA**
**EL SIGLO
DE LA
REVOLUCIÓN**

**UNA HISTORIA
DEL MUNDO DESDE 1914**



CRÍTICA

JOSEP FONTANA

EL SIGLO
DE LA REVOLUCIÓN

Una historia del mundo desde 1914

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2017

El siglo de la revolución. Una historia del mundo de 1914 a 2017
Josep Fontana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Josep Fontana, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-50-9
Fotocomposición: Víctor Igual
Depósito legal: B. 889-2017
2017. Impreso y encuadernado en España

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| <i>Introducción</i> | 11 |
| 1. La Gran guerra (1914-1918). | 15 |
| 2. La hora de la revolución. | 57 |
| 3. Restablecer el orden (1919-1929) | 99 |
| 4. Repartirse el mundo (1918-1939) | 149 |
| 5. Una década de crisis (1929-1939) | 181 |
| 6. La Segunda guerra mundial (1939-1945). | 221 |
| 7. El inicio del siglo americano | 261 |
| 8. La guerra fría (1947-1960) | 291 |
| 9. Marea alta (1960-1968) | 337 |
| 10. Tiempos revueltos (1968-1974) | 375 |
| 11. El giro (1974-1982) | 417 |
| 12. La contrarrevolución conservadora (1982-1989) | 447 |
| 13. El fin de la guerra fría (1989-2001) | 487 |
| 14. Refundación y crisis del imperio (2001-2009) | 535 |
| 15. Un tiempo de guerra y de incertidumbre (2009-2017). | 567 |
| 16. La era de la desigualdad. | 597 |
| 17. El siglo de la revolución: una recapitulación y un final abierto. | 633 |
| Apéndice: una reflexión sobre progreso, cambio y desigualdad | 651 |
| <i>Bibliografía</i> | 659 |
| <i>Índice analítico</i> | 755 |

LA GRAN GUERRA (1914-1918)

La paz que reinaba en Europa a comienzos de 1914 estaba cargada de amenazas que derivaban de una compleja dinámica de tensiones y enfrentamientos entre las grandes potencias: pugna en los Balcanes entre Austria-Hungría y Rusia por apoderarse de los territorios europeos del Imperio otomano (en la que también participaban, por su propia cuenta, Serbia, Bulgaria, Rumania y Grecia); enfrentamiento en África entre Alemania, Francia y Gran Bretaña por el dominio de las colonias (Alemania había llegado tarde al reparto del mundo: en 1900 los británicos tenían 367 millones de súbditos coloniales y los franceses 50 millones, mientras que los alemanes apenas llegaban a 12, menos que los holandeses o los belgas); deseo de revancha de Francia, a la que la derrota ante Prusia en 1870-1871 le había dejado una herida permanente...

En todas partes, además, los gobiernos veían con temor el desarrollo del movimiento obrero y el ascenso de los partidos socialdemócratas que los representaban en los parlamentos. Alarmado ante la revolución rusa de 1905, el emperador alemán —el Káiser, como se le llamaba— había escrito a Bernhard von Bülow, que era entonces su canciller, o sea, su jefe de gobierno: «Antes que nada hay que acabar con los socialistas, decapitarlos e impedir que puedan perjudicar, aunque sea por medio de matanzas. Y después hacer una guerra exterior. Pero no antes y no enseguida».

Que hubiese de acabar habiendo una guerra parecía seguro. En espera de que estallara las potencias europeas se habían agrupado en dos grandes bloques defensivos: la Triple Alianza (Austria-Hungría, Alemania e Italia) y la Triple Entente (Francia, Rusia y Gran Bretaña), y todas se preparaban para un futuro enfrentamiento en una fecha imprevisible.

LA DECLARACIÓN DE GUERRA

En las circunstancias que llevaron a la declaración de guerra hay tantos elementos contingentes que no ha de extrañar que, como escribe Annika Mombauer, se haya llegado a decir que «la guerra fue inevitable, improbable, evitable, previsible o que estalló por sorpresa».

En la determinación del momento de inicio influyeron sobre todo los alemanes, que en 1914 estaban mejor preparados que nadie para iniciarla —eran los únicos que se encontraban entonces en condiciones de enviar un millón de hombres al frente—¹ y que se sentían angustiados ante los planes de rearme de sus dos principales enemigos continentales, Francia y Rusia.

Temían quedar atrás en la carrera del rearme por la dificultad de obtener financiación para el gasto militar, como consecuencia de la compleja estructura del sistema político del Imperio alemán que, bajo el mando supremo del Káiser o emperador, cargo que ostentaba el rey de Prusia, era una especie de federación de monarquías que conservaban sus reyes, cortes, leyes e impuestos, pero donde la votación del presupuesto imperial dependía de una cámara elegida por sufragio universal, el *Reichstag*, donde no siempre era fácil obtener la aprobación de los partidos, y en especial del Socialdemócrata (SPD, *Sozialdemokratische Partei Deutschlands*).

Ésta es la razón que permite entender que el Comandante Supremo del ejército alemán (*Oberste Heeresleitung* u OHL), general Helmuth Moltke, le pidiese en la primavera de 1914 al ministro de Asuntos exteriores, Gottlieb Jagow, que procurase iniciar una guerra preventiva lo antes posible, porque la situación militar de Alemania se estaba deteriorando.

Pero la fecha concreta en que se produjo la declaración de la guerra partió de un incidente imprevisto. El 28 de junio de 1914 un acto terrorista conmocionó Europa: el asesinato en Sarajevo del archiduque de Austria Francisco Fernando, heredero de la corona imperial, y de su esposa a

1. Ni los franceses ni los británicos estaban preparados para la guerra en el verano de 1914: los franceses contaban con aprovisionamiento de municiones para tres semanas, y los ingleses no tenían entonces más que un ejército profesional de 247.000 hombres, un tercio de los cuales estaban en la India y otros en África, repartidos entre diversas colonias.

manos de siete jóvenes bosnios partidarios de Serbia, alentados y armados por un militar serbio que actuaba a espaldas del gobierno de su país.

A los dirigentes del Imperio austro-húngaro, y en especial a los militares, a cuyo frente estaba el jefe del estado mayor, el conde Franz Conrad von Hötzendorf,² este atentado les daba una oportunidad para justificar una intervención contra Serbia con el objeto de frenar su expansión y consolidar la presencia austríaca en los Balcanes. Exigirían responsabilidades al gobierno serbio por el asesinato del archiduque y, de no recibir plena satisfacción a sus demandas, invadirían su territorio. Como había que temer que Rusia, aliada a los serbios, pudiese intervenir en su defensa, necesitaban contar previamente con el apoyo de Alemania.

Enviaron por ello a Berlín a un miembro destacado de su diplomacia, el conde Hoyos, para que explicase que se proponían actuar con dureza frente a Serbia, «incluso a riesgo de una guerra con Rusia». El emperador alemán, Guillermo II, no sólo aprobó esta conducta sino que el 5 de julio de 1914 le dijo al embajador austríaco en Berlín que la acción de castigo contra Serbia debía emprenderse cuanto antes y que, si se llegaba a una guerra contra Rusia, el gobierno de Viena podía estar seguro de que tendría el apoyo de Alemania «con la probada lealtad de un aliado». Al día siguiente el Káiser iniciaba sus vacaciones de verano con una excursión naval por las costas de Noruega.

Viena contaba a partir de entonces con lo que se suele llamar un «cheque en blanco» de Alemania, que se comprometía a respaldar su actuación contra Serbia. Como dice Hew Strachan, lo más extraordinario del «cheque» es que era realmente «en blanco». Los alemanes prometían apoyo a Austria de manera irresponsable, sin una evaluación de las consecuencias, al haber dejado en manos del gobierno de Viena la naturaleza de su actuación contra Serbia, sin imponerle restricción alguna.

Austria no podía poner en marcha de inmediato una acción militar, dado que el permiso veraniego que se daba a los soldados del Imperio austro-húngaro para que participasen en la recolección de las cosechas

2. Conrad mantenía relaciones adúlteras con Gina von Reininghaus, la esposa de un magnate de la cerveza, y había expresado en ocasiones su deseo de regresar victorioso de una gran guerra para forzar las resistencias sociales y convertirla en su esposa. La guerra no acabó en el soñado triunfo, pero el marido de Gina se divorció de ella, tras ocho años de tolerancia, y Gina y el jefe del ejército imperial se casaron en noviembre de 1915.

los mantenía estos días lejos de los cuarteles, lo que obligaba a esperar por lo menos hasta el 22 de julio para presentar el ultimátum a Serbia.

El texto con las demandas austríacas, que se entregó en Belgrado a las seis de la tarde del 23 de julio, y que fijaba un plazo de 48 horas para su aceptación, contenía exigencias muy difíciles de aceptar por un estado soberano, como la de que funcionarios austríacos participasen en la investigación del atentado de Sarajevo en suelo serbio. Era, en opinión de Edward Grey, ministro de Asuntos exteriores de Gran Bretaña, «la nota más fuerte que una potencia haya enviado nunca a otra, e imposible de aceptar».

Este ultimátum se interpretó generalmente como muestra de una voluntad de declarar la guerra. Así se entendió en Rusia, donde, a instancias del ministro de Asuntos exteriores, Sergei Sazonov, se celebró el 24 de julio una reunión urgente del consejo de ministros que acordó trasladar de inmediato los fondos del tesoro depositados en bancos de Berlín y adoptar en secreto las primeras medidas de preparación militar. Ese mismo día Sazonov aconsejaba al embajador de Serbia que diesen una respuesta moderada al ultimátum austríaco, aunque sin aceptarlo por completo, y le ofrecía la ayuda de Rusia en caso de llegar a un conflicto.

El ultimátum alarmó también a los británicos, que se daban cuenta del efecto que podía tener, si bien esperaban que la crisis pudiese neutralizarse a tiempo. Lo que en realidad preocupaba en aquellos momentos al gobierno de Londres, presidido por H. H. Asquith, eran sus problemas internos, asociados a la crisis de Irlanda, que iba a culminar en la revuelta de Pascua de 1916.

DOS SEMANAS DE CONFUSIÓN

El sábado 25 de julio el gobierno serbio dio una respuesta conciliadora al ultimátum austríaco, sin aceptarlo totalmente. Austria declaró rotas las relaciones con Serbia, mientras en Viena «multitudes entusiastas se manifestaban por las calles gritando a favor de la guerra».

Con la intención de complacer las presiones de Alemania el emperador Francisco José firmó la declaración de guerra el martes 28 por la mañana. Pero el Káiser, que regresó este mismo día de Noruega, leyó aquella tarde la respuesta de Serbia y opinó que no era necesaria la guerra, sino que bastaría con que los austríacos hiciesen una «demostración mili-

tar» para salvar su honor. Era tarde, puesto que la guerra se había declarado ya aquella misma mañana.

Ante la confusión reinante, la diplomacia alemana inició una serie de contactos con los gobiernos de Francia y de Rusia, advirtiéndoles que no movilizaran sus ejércitos, porque, en caso contrario, Alemania tendría que hacer lo mismo y se correría el riesgo de una «guerra europea». El canciller Bethmann llamó por su parte al embajador británico en Berlín para pedirle que su gobierno se mantuviese neutral si Alemania declaraba la guerra a Francia y a Rusia. A preguntas del embajador, Bethmann se comprometió a respetar la neutralidad de Holanda, pero no la de Bélgica. El gobierno inglés se negó a aceptar el trato.

El jueves 30 de julio los rusos, que temían verse sorprendidos por un ataque de Alemania, comenzaron a movilizarse en secreto, al tiempo que los alemanes iniciaban también su preparación para la guerra y exigían a los franceses que se comprometiesen a mantenerse neutrales si declaraban la guerra a Rusia, aliada de Francia en la Entente.

El sábado 1 de agosto Bethmann se dirigió al Bundesrat —la cámara integrada por representantes de los distintos estados, que era la que tenía la facultad de declarar la guerra— para comunicar que se había presentado un ultimátum a Rusia y una nota de advertencia a Francia, de modo que, si Rusia no aceptaba, se verían obligados a declararle la guerra, igual que sucedería con Francia, si no garantizaba su neutralidad. «No queríamos la guerra, pero se nos ha forzado a ella.» El Bundesrat dio apoyo unánime al canciller.

El gobierno británico, un ministerio de coalición de conservadores y liberales, estaba dividido respecto de la actitud que debían adoptar ante el posible conflicto europeo, de modo que optó por comunicar al gobierno alemán que para mantenerse al margen necesitaba una garantía de que se iba a respetar la neutralidad de Bélgica. Pero el ejército alemán había comenzado ya su avance hacia Bélgica y el domingo 2 de agosto presentó al gobierno de Bruselas un ultimátum en que se le exigía que dejase pasar las tropas alemanas en dirección a Francia; tenían hasta las dos de la tarde del día siguiente para contestar.

El lunes 3 de agosto la noticia del ultimátum alemán conmocionó a la opinión británica, y Grey se dispuso a hablar en la cámara de los Comunes para plantear la necesidad de enfrentarse a los acontecimientos de Europa «desde el punto de vista de los intereses británicos, del honor británico y de las obligaciones británicas». Grey mostró a los diputados la

amenaza de un futuro en que el poder alemán, instalado en las costas de Francia, Bélgica, Holanda y tal vez Dinamarca, les dejaría indefensos. Gran Bretaña, añadía, sufriría tanto si participaba en la guerra como si se mantenía al margen de ella, de ahí que fuese mejor participar en un conflicto que permitiría frenar la amenaza del desarrollo naval de Alemania. Una gran ovación mostró que había convencido a la mayoría de los diputados.

Ante la sorpresa de los alemanes, los belgas rechazaron su ultimátum. Como había que declarar también la guerra a Francia antes de invadirla, el embajador alemán presentó al gobierno francés la declaración de guerra hacia las siete de la tarde del día 3. Ese mismo día Italia, aliada a Alemania y Austria en la Triple Alianza, pero que no había sido consultada por los austríacos antes de presentar su ultimátum a Serbia, anunció que se mantendría neutral.

El 4 de agosto por la mañana las tropas alemanas invadieron Bélgica. A las tres de la tarde Poincaré comunicaba a las cámaras francesas que Alemania les había declarado la guerra, a lo que le respondieron votando por unanimidad los créditos necesarios, con pleno apoyo de los socialistas. Media hora más tarde Bethmann conseguía también en Berlín una aprobación entusiasta del Reichstag, a la que se sumaron igualmente los socialistas (que habían estado organizando actos contra la guerra hasta el mes de julio).

En este momento los alemanes confiaban aún en la neutralidad de Gran Bretaña; pero a las siete de la tarde el embajador Goschen llevaba a Jagow un ultimátum en que el gobierno británico daba de plazo al alemán hasta la medianoche para que detuviera la invasión y garantizase la neutralidad de Bélgica. Ante la negativa alemana a aceptar estas exigencias, Gran Bretaña declaró la guerra a la una de la madrugada. (Austria y Rusia, por quienes se suponía que había comenzado el conflicto, no se declararon la guerra hasta el 6 de agosto.)

LA GRAN GUERRA EN EUROPA

Éste iba a ser un conflicto de una nueva naturaleza. Las dimensiones de los ejércitos, que llegaron a movilizar en total a 74 millones de hombres, daban lugar a nuevas exigencias de aprovisionamiento y logística: la necesidad de transportar, alojar, alimentar y armar a millones de combatien-

tes, que no podían mantenerse sobre el terreno como los ejércitos del pasado, obligó a un enorme esfuerzo colectivo, en especial en el terreno de la producción industrial, que había de responder a la demanda de un número cada vez mayor de armas y proyectiles para el desarrollo de operaciones militares de una gigantesca envergadura.

La tecnología y la organización del aprovisionamiento estuvieron a la altura de las necesidades, no así la competencia de los militares. Cuando comenzó el conflicto hacía un siglo que no había habido ninguna gran guerra global en Europa. Los militares se habían acostumbrado entre tanto a las fáciles victorias en las guerras coloniales que condujeron a la conquista del mundo por los imperios europeos, gracias a la superioridad que les proporcionaban las nuevas armas —una sola ametralladora igualaba la capacidad de fuego de cuarenta a ochenta hombres con fusiles—, que resultaban de una brutal eficacia contra ejércitos indígenas equipados con armas primitivas. Los militares europeos no estaban preparados, en cambio, para enfrentarse a un enemigo que dispusiera de estas armas modernas, a las que en el curso del conflicto se añadieron todavía los aviones,³ los tanques y los gases tóxicos.

Los militares ingleses esperaban obtener la victoria con una gran carga de caballería, como la que en 1898 había llevado al triunfo en la legendaria batalla de Omdurmán a lord Kitchener, que era en 1914 su ministro de la Guerra. Pero los caballos no podían avanzar por los terrenos que la artillería había triturado, llenándolos de cráteres, y que estaban además atravesados por las trincheras. Hubo que emplear a un buen número de soldados en la tarea de preparar «camino» para los caballos, rellenando de tierra los cráteres y construyendo puentes por encima de las trincheras, para establecer senderos señalados con banderitas de colores por los que los caballos pudieran pasar. Aunque la gran carga de caballería no se llegó a realizar, el coste de mantener un enorme número de caballos implicó que a lo largo de la guerra los británicos enviaran a Francia más alimentos para los animales que para los soldados.⁴

3. Los aviones se usaron inicialmente para la observación —el general Foch opinaba que eran «buenos para el deporte, pero inútiles para el ejército»—, pero las cosas cambiaron cuando el francés Roland Garros montó un rifle automático en su avión, y más todavía cuando un técnico alemán, Anton Fokker, consiguió sincronizar los disparos de una ametralladora ligera con el giro de la hélice.

4. Pero mientras los caballos permanecían estabulados en Francia, sin utilidad alguna, su papel fue decisivo en las campañas del Oriente próximo, donde

Los franceses, por su parte, seguían empeñados en cumplir con un reglamento en que el momento esencial del combate era la carga de la infantería a la bayoneta, avanzando a toque de trompeta para aniquilar al enemigo en combate cuerpo a cuerpo; pero la combinación de las alambradas y las ametralladoras hacían imposible la carga. En realidad, según el estudio de Jean Norton Cru, en la Primera guerra mundial parece que no hubo ni un solo caso de ataque a la bayoneta.⁵ Que los soldados avanzasen en línea, uniformados con unos pantalones rojos que los hacían fácilmente visibles (a diferencia de los demás ejércitos, que usaban uniformes con colores de camuflaje), representaba una práctica suicida que explica que tuviesen medio millón de bajas en los primeros meses.

Los alemanes, confiados en sus tácticas de «guerra relámpago», basadas en la organización de rápidos desplazamientos de tropas por ferrocarril (en el verano de 1914 se necesitaron 20.800 trenes de 54 vagones para transportar hacia la frontera occidental 2.070.000 hombres, 400.000 toneladas de pertrechos y 118.000 caballos) perdían estas ventajas al bajar de los trenes, obligados a depender de los caballos para el transporte de los suministros, y a someter a sus soldados a agotadoras marchas a pie. Avanzada la contienda, la fatiga de los soldados se combinó con la escasez tanto de caballos como de automóviles, mientras franceses y británicos les superaban ampliamente en la disponibilidad de vehículos de motor.

Pero el peor de los rasgos de esta guerra, que los soldados no tardarían en descubrir, fue el desprecio por las vidas humanas por parte de unos jefes a quienes no importaba mandar a sus hombres a la muerte para conseguir los éxitos personales que esperaban obtener de una victoria. El primer ministro británico, Lloyd George, le dijo en diciembre de 1917 a C. P. Scott, un periodista del *Manchester Guardian*: «Si la gente supiese [la verdad], la guerra se detendría mañana mismo. Pero, por supuesto, ni la saben ni deben saberla».

tuvo lugar, a fines de octubre de 1917, la mayor carga montada de la guerra, en que ochocientos jinetes de la caballería australiana conquistaron Beersheba.

5. «Declaro no haber visto nunca hacer uso de la bayoneta, no haber visto nunca una bayoneta manchada de sangre, no haber conocido nunca un soldado que la haya visto o un médico militar que haya constatado una herida de bayoneta.»

EL CURSO DE LA GUERRA: 1914-1915, FRACASO DE LOS PLANES ALEMANES

Los viejos planes del estado mayor alemán, pensados para atacar a Francia, hubieron de rehacerse para adaptarlos a una guerra en dos frentes, que debía incluir también a Rusia. La idea era dirigir el máximo de las fuerzas disponibles contra Francia, en una rápida y vigorosa campaña que se esperaba concluir en poco más de cuarenta días, mientras el ejército austríaco asumía inicialmente la mayor parte del esfuerzo en el frente oriental, conteniendo a los rusos con el despliegue de cuatro cuerpos de ejército en Galitzia (entre el sur de Polonia y Ucrania). Esto permitiría a los alemanes concluir rápidamente su campaña contra Francia, usando allí la mayor parte de sus fuerzas y, una vez concluida, transportar al este tres millones de soldados que, unidos a los dos millones que desplegaría Austria, les darían la victoria sobre Rusia. Las dos partes de este plan acabaron fallando.

Los primeros movimientos de los ejércitos alemanes, que contaban con más del doble de los soldados que habían podido reunir inicialmente Francia y Gran Bretaña, proporcionaron un triunfo rotundo a los invasores en la llamada «batalla de las fronteras» (16-23 de agosto de 1914). Fueron unas primeras semanas de confusión y desorden en que regimientos enteros de las tropas de la Entente se retiraban en un completo desbarajuste, en que los franceses sufrieron doscientas sesenta mil bajas y los británicos de la B. E. F. (British Expeditionary Force) fueron diezmados en combate.

El gran movimiento de ataque de los alemanes, en que más de un millón de hombres habían de ejecutar, entrando por Bélgica, un gran movimiento de cerco, se vio frenado al comienzo por la resistencia de los belgas, que retrasaron el avance alemán, y por las dificultades logísticas de desplazar y aprovisionar a su enorme ejército. Pero cuando los rusos comenzaron a adentrarse por Prusia, y ante las noticias de las atrocidades que los invasores cometían contra la población civil alemana, Helmut von Moltke no tuvo más remedio que retirar dos divisiones de Francia para reforzar a las del este. Puso al mando de las tropas del frente oriental al mariscal Paul von Hindenburg, que se había retirado en 1911, al que acompañaba Erich Ludendorff. La victoria en la batalla de Tannenberg (24-29 de agosto de 1914), donde cercaron al Segundo ejército ruso, que tuvo treinta mil bajas y dejó en manos alemanas noventa y dos mil prisioneros, fue un triunfo que les convirtió a los dos en héroes de guerra e inició para ambos una nueva carrera en la milicia y en el poder.

Los ejércitos austríacos estaban entre tanto sufriendo los efectos de un doble fracaso. La invasión de Serbia desde territorio de Bosnia, iniciada el 12 de agosto con fuerzas insuficientes y mal preparadas, sufrió en pocos días una vergonzosa derrota en la batalla de Cer. En Galitzia, donde Conrad dirigía el grueso de las fuerzas del imperio contra los rusos, con un total de 1.200.000 hombres, unas primeras victorias puntuales acabaron cuando el 11 de septiembre se vio obligado a ordenar la retirada, abandonando Lemberg (Lvov o Lviv), al no haber recibido de los alemanes el apoyo que esperaba: había perdido más de 350.000 hombres y abandonaba 1.000 locomotoras y 15.000 vagones. Sólo la resistencia de la fortaleza de Przemysl impidió que los rusos, que al llegar el invierno se encontraban sin los equipamientos adecuados para resistir el frío y la nieve, siguieran avanzando hacia Hungría.

En el frente occidental, en Francia, Joseph Joffre, comandante en jefe de las fuerzas francesas, consiguió restablecer el orden entre sus tropas, privó de mando a los generales que se habían mostrado más incompetentes, y decidió aprovechar la oportunidad que le ofrecía la retirada de las tropas alemanas que se enviaban a luchar contra Rusia, combinada con un erróneo planteamiento de Moltke, que dejó un vacío entre los dos ejércitos que avanzaban hacia París. La llamada «primera batalla del Marne» (5 a 10 de septiembre de 1914), que fue en realidad una compleja serie de combates dispersos, consiguió contener a los alemanes.

Moltke, que había estado dirigiendo la guerra a distancia, desde Luxemburgo, fue sustituido en el mando de los ejércitos alemanes del oeste por el general Falkenhayn, quien trasladó el escenario de los combates a la orilla del mar, en Flandes, un lugar importante para la defensa de los puertos por donde se recibían los suministros procedentes de Inglaterra. Contando con cuatro cuerpos de reserva, compuestos sobre todo por jóvenes voluntarios recién reclutados, quiso romper el frente en la primera batalla de Ypres (12 de octubre-11 de noviembre de 1914). Sus primeros éxitos dieron lugar a que el propio Káiser viajara para ver cómo se completaba la victoria; pero los belgas abrieron las esclusas de sus diques para crear un amplio lago que los alemanes no podían atravesar, y la Fuerza Expedicionaria Británica logró frenar el ataque en un combate que les costó cincuenta mil bajas, pero que causó más del doble a los alemanes, en especial entre los jóvenes reclutas que cayeron en lo que se iba a conocer como la «matanza de los inocentes de Ypres».

El viejo plan Schlieffen, con sus previsiones de rápidos avances para rodear al enemigo, iba a quedar definitivamente arrumbado. Se consolidó entonces una línea de frente de quinientos cincuenta mil kilómetros, desde la frontera suiza hasta el mar, que cambiaría muy poco en los cuatro años siguientes. Los alemanes se habían instalado en posiciones defensivas que dificultaban cualquier intento aliado de reconquistar el terreno perdido.

Los planes que preveían una guerra de corta duración, ganada gracias a la movilidad de los ejércitos alemanes, se venían abajo y obligaban a pensar en un conflicto mucho más prolongado, que obligaría a multiplicar los recursos destinados a la guerra. El propio Falkenhayn pidió que se negociase una paz separada con Rusia, porque pensaba que en una contienda prolongada en ambos frentes Alemania estaba condenada a ser derrotada como consecuencia del agotamiento de sus recursos.

Lord Kitchener, el ministro de la Guerra británico, había previsto, en cambio, un conflicto de larga duración, en que la participación británica se desarrollaría inicialmente en el mar, impidiendo la acción de la flota alemana y bloqueando el aprovisionamiento de materiales y alimentos a los imperios centrales. La participación del ejército de tierra se reduciría de momento a una modesta fuerza expedicionaria, mientras se preparaban los «nuevos ejércitos» británicos que tardarían un par de años en entrar en acción (pasaron de dos millones de combatientes a mediados de 1915 a cerca de cuatro millones a comienzos de 1918), lo que significaba que franceses y rusos tendrían que sostener entre tanto el coste humano de la guerra.⁶

El año 1915 fue un tiempo de desastres para los aliados de la Entente. El frente del oeste se mantenía inmóvil, sin que ninguno de los dos contrincantes consiguiera romper el equilibrio, con los soldados viviendo en las trincheras en medio del barro, «más parecidos a gusanos que a seres humanos», o muriendo en inútiles intentos de ruptura, como las batallas de Neuve Chapelle, en el saliente de Ypres (donde los alemanes usaron por primera vez los gases tóxicos el 22 de abril de 1915), y de Loos, cuyo

6. El fallecimiento de Kitchener en un naufragio, en junio de 1916, dejó la dirección del ejército en manos de los generales Robertson y Haig. Fue este último, sobre todo, el responsable de sacrificar un gran número de hombres en busca de la victoria decisiva.

fracaso llevó a destituir al general French del mando del ejército expedicionario británico, que pasó a Douglas Haig, quien, al igual que sus colegas franceses, creía que la guerra sólo podía ganarse con una «batalla decisiva» que rompiera las líneas enemigas y permitiera un avance triunfal.

De momento, y a la espera de reunir más fuerzas, franceses y británicos mantenían en el oeste una actividad limitada, con el objeto de aliviar la situación del frente del este, donde el ejército ruso sufría por la incompetencia de sus gobernantes, incapaces de atender las necesidades de los soldados, a los que podían faltar en un momento dado municiones, botas y alimentos.

Con el frente del oeste inmovilizado, Falkenhayn decidió reforzar la actuación en el este, donde la caída de Przemysł en manos de los rusos, el 22 de marzo de 1915, volvía a poner en peligro la situación de los ejércitos de los imperios centrales. La llegada de tropas alemanas, con una enorme superioridad en artillería respecto de los rusos, que apenas tenían municiones para sus cañones (a consecuencia de los negocios que el ministro de la Guerra, general Sujomlinov, hacía con las contratas de armamento) permitió que las fuerzas conjuntas austro-alemanas obtuvieran una gran victoria en Görlitz en mayo de 1915 y que el 3 de junio recuperasen Przemysł; en una semana los rusos perdieron doscientos diez mil hombres, cuarenta mil de ellos como prisioneros. Pero Falkenhayn no quiso seguir la campaña; no le interesaba ganar territorio, sino ir destrozando la resistencia de los rusos, con la esperanza de forzarles a abandonar la guerra, lo que le permitiría concentrar las fuerzas en el oeste.

En este mismo mes de mayo de 1915 los gobiernos de la Entente consiguieron convencer a Italia para que se sumase a su bando y declarase la guerra a Austria, con la promesa de concederle una serie de territorios fronterizos, así como zonas de Dalmacia y Eslovenia. El resultado fue que el comandante en jefe de las tropas italianas, el general Luigi Cadorna, un hombre de sesenta y cinco años, próximo ya al retiro, pasase los dos años siguientes lanzando ataques suicidas en el frente del río Isonzo (se cuentan once «batallas del Isonzo» entre junio de 1915 y septiembre de 1917, hasta llegar a la duodécima, que fue la derrota de Caporetto) y perdiera casi un millón de hombres en el intento. El único beneficio que proporcionaron los italianos a sus aliados fue el de mantener inmovilizadas en aquel frente tropas austríacas que hubieran podido combatir contra los rusos.

En los Balcanes el conflicto se planteó desde el inicio como una continuación de las guerras de 1912-1913. Cada uno de los contrincantes se sumó al bando que parecía estar en situación de ofrecerle mayores compensaciones territoriales. Bulgaria entró en la guerra en octubre de 1915 al lado de los imperios centrales, que le ofrecían cederle Macedonia. Con la ayuda de las tropas austro-alemanas, que atacaron por el norte y conquistaron Belgrado el 9 de octubre, los búlgaros invadieron Serbia y el ejército serbio, que no recibió de sus aliados los auxilios que necesitaba, y que fue víctima además de una terrible epidemia de tifus, se vio obligado a emprender una épica retirada hasta los puertos de Albania. De los cuatrocientos veinte mil soldados que integraban sus fuerzas armadas, sólo unos ciento cuarenta mil consiguieron llegar a estos puertos, desde los cuales las embarcaciones de la Entente los sacaron del país para, tras unos meses de recuperación, enviar ciento veinticinco mil a Salónica, donde siguieron combatiendo, sin aceptar la derrota.

Rumania, que se había mantenido neutral, se sumó a la guerra el 17 de agosto de 1916 al lado de la Entente, cuando el triunfo de Brusilov, del que se hablará más abajo, pareció que podía cambiar el curso de la guerra en el frente oriental. No fue así, y los rumanos fueron derrotados por alemanes y búlgaros, que ocuparon su capital y les obligaron a rendirse y a firmar el tratado de Bucarest el 7 de mayo de 1918. Grecia, por su parte, no intervino en la guerra hasta que fue prácticamente forzada a hacerlo en apoyo de la Entente el 30 de junio de 1917.

1916: EL AÑO DE LAS GRANDES MATANZAS

El año en que comenzó a cambiar el curso de la guerra fue 1916. El aumento del reclutamiento por parte de británicos y rusos, y la entrada de Italia al lado de la Entente desequilibraron las fuerzas armadas de los dos bandos, con 356 divisiones de la Entente contra 289 de los imperios centrales. Había aumentado también el volumen de la producción de armas y municiones por parte de franceses y rusos, a lo que se agregaban las grandes cantidades de armamento que la industria de Estados Unidos proporcionaba a Gran Bretaña y Francia.

Abandonada la idea de una guerra de movimientos, en que habían residido inicialmente las esperanzas alemanas de victoria, Falkenhayn, convencido de que el conflicto no debía prolongarse, optó por un nuevo

concepto: el de una guerra de desgaste que causase tal número de bajas al enemigo que, aunque no se le hubiese conquistado más terreno, le obligase a rendirse por su debilidad. La operación se dirigiría contra los franceses, tratando de conseguir que abandonasen la guerra, con el fin de poder concentrar todos los esfuerzos contra Inglaterra, que era para Falkenhayn el enemigo más temible. Su propósito era atacar objetivos que fuesen de tal naturaleza que obligasen a los franceses a utilizar en su defensa todas sus fuerzas, hasta desangrarse. El lugar escogido fue Verdun, una plaza fortificada que los franceses consideraban inexpugnable, pero que estaba mal equipada para su defensa.

La operación se preparó con una enorme dotación de mil doscientos cañones y unas provisiones de dos millones y medio de obuses, la mayor concentración de poder artillero que se hubiese visto hasta entonces. El 21 de febrero, a las 8.12 de la mañana, se inició el ataque con un bombardeo artillero al ritmo de cien mil proyectiles a la hora, destinado a aplastarlo todo, a la vez que se usaban gases tóxicos para debilitar la acción de los artilleros enemigos. Comenzaron a caer los primeros puntos del círculo de fortificaciones que componían el complejo de Verdun, pero la ciudad resistió aquel asalto. Para los franceses lo más razonable hubiera sido abandonarla, ya que se había convertido en una trampa mortal, mientras el terreno accidentado y boscoso detrás de ella era fácil de defender. El general Philippe Pétain, encargado de su defensa, opinaba que no merecía la pena resistir; pero el presidente de la república le dijo que era imposible abandonar la plaza: había que conservarla «a cualquier precio». Tal como habían previsto los alemanes, Verdun se había convertido en una cuestión de honor nacional.

A fines de junio el paisaje de la zona había cambiado: habían desaparecido bosques y poblados, y el terreno era una sucesión de cráteres de obuses, a modo de un escenario lunar. Los hombres vivían en medio de los muertos, víctimas, en ocasiones, de los errores de su propia artillería, que «no regulaba bien su tiro y nos hacía víctimas casi cada día», escribió en sus cuadernos Louis Balthas. Así se iba desarrollando una carnicería sin sentido que produjo unas setecientas mil bajas, repartidas por mitades entre ambos bandos. Verdun sería la más larga batalla de esta guerra (de febrero a diciembre de 1916), y una de las peores de la historia, si tomamos en cuenta su inutilidad y su coste en vidas y sufrimientos.

Ante una situación semejante Foch pidió a Haig, el nuevo jefe de las tropas británicas, que adelantase la batalla que los aliados habían preparado en el Somme, que iba a ser la primera gran participación del nuevo

ejército británico basado en el reclutamiento forzoso, dado que el número de voluntarios que se alistaban resultaba insuficiente. Antes de que empezara esta batalla, sin embargo, una desastrosa derrota del ejército austro-húngaro forzó a Falkenhayn a enviar de nuevo tropas en socorro de Austria. Esto, sumado al inicio de los combates en el Somme, le obligó a aflojar la presión sobre Verdun. Los franceses habían conseguido resistir, pero a costa de tantos y tales sufrimientos que prepararon el terreno para las revueltas militares que se producirían después, como consecuencia de la desmoralización general de los soldados.

El hundimiento del ejército austro-húngaro en el frente del este había comenzado meses antes, cuando el general Conrad se empeñó en lanzar una ofensiva en Italia, para lo cual retiró cuatro divisiones y la mayor parte de la artillería pesada del frente del este. La campaña del Trentino fue planeada por Conrad desde su cuartel general en Tischen, a más de mil doscientos kilómetros de un escenario italiano que le era desconocido, lo que explica que hubiera de aplazarse tres veces como consecuencia de los grandes espesores de nieve que había en las montañas. Iniciada a mediados de mayo, sus efectos positivos se habían agotado a comienzos de junio, al recuperar los italianos todo el terreno que habían perdido inicialmente.

Fue entonces cuando los rusos, atendiendo a las peticiones de ayuda de sus aliados occidentales, decidieron atacar al ejército austro-húngaro. La ofensiva la emprendió el general Alexéi Brusílov en la madrugada del 4 de junio; contaba con fuerzas muy inferiores en número a las de sus enemigos, pero su hábil gestión le permitió alcanzar una victoria espectacular, en la que el ejército austro-húngaro tuvo más de 475.000 bajas, incluyendo 226.000 presos. Conrad se vio obligado a ir a Berlín a pedir refuerzos a Falkenhayn, quien le obligó a abandonar sus proyectos en Italia y le proporcionó las fuerzas necesarias para contener un desastre que a fines de julio había causado al ejército austríaco cerca de medio millón de bajas, más de la mitad de las cuales consistían en presos o desertores. Desde este momento los mandos militares alemanes tomaron la iniciativa en las campañas en que intervenían conjuntamente con los austríacos.⁷

7. El emperador austríaco Francisco José falleció en noviembre de 1916 y le sucedió Carlos, un hombre de veintinueve años que llegaba al poder con propósitos de reforma y que no tardó en deshacerse de Conrad.

A Verdun le sucedió en suelo francés otra batalla catastrófica, la del Somme, que los aliados iniciaron a comienzos de julio y que iba a durar hasta el 18 de noviembre de 1916. Ésta iba a ser la primera gran acción protagonizada fundamentalmente por los británicos, con un ejército de reclutas jóvenes y sin suficiente experiencia de combate. Pero la causa fundamental de su fracaso debe atribuirse a la dirección del general Douglas Haig, un fundamentalista religioso convencido de estar realizando un plan divino para salvar al mundo, que fue incapaz de sacar partido de la gran superioridad de sus fuerzas y de su artillería.

Los planes iniciales del general Rawlinson eran prudentes y se limitaban a buscar el desgaste del enemigo; pero Haig quería un combate de penetración, que pudiera convertirse en la batalla decisiva, convencido de que los alemanes «estaban a punto de desmoronarse». Un teniente inglés escribió en una carta, momentos antes de empezar el combate: «Estamos a pocos minutos del comienzo del fin de la cultura alemana». Era lógico esperar el éxito si se tomaba en cuenta la superioridad en hombres y armamento de las fuerzas de la Entente (19 divisiones, más 10 de reserva, contra 7 divisiones alemanas, y un número mucho mayor de aviones y de piezas de artillería).

La operación comenzó con un gigantesco ataque de artillería en que 1.437 cañones lanzaron un millón y medio de obuses durante una semana (se dice que el ruido de los cañones se oyó desde Londres). El 1 de julio las tropas británicas y francesas (todas las que no estaban ocupadas en Verdun) habían de avanzar sobre la tierra vacía, donde se suponía que las alambradas habrían sido destrozadas por el ataque artillero, para ocupar las trincheras de unos alemanes muertos o aterrorizados por el bombardeo. Pero los alemanes habían mejorado mucho las técnicas de defensa y podían resistir estos bombardeos artilleros en los refugios subterráneos que habían construido en los dos años de ocupación de aquel terreno.

A las 8.30 de la mañana del día 1 de julio empezaron a sonar las llamadas que ordenaban el comienzo del ataque y una línea de tal vez 55.000 soldados de infantería avanzó en un frente de cuarenta kilómetros de amplitud. Se les había dicho que la artillería lo habría aplastado todo y que el avance iba a ser un paseo. Llevaban encima una carga que les obligaba a caminar lentamente, sin que pudieran correr o moverse con rapidez, y que les hacía difícil preparar para salir de una trinchera.

Un oficial médico alemán ha contado lo que sucedió cuando comenzó el avance de los ingleses: «No esperaban que nadie hubiese sobrevivido

al bombardeo. Pero los que manejaban las ametralladoras y los soldados de infantería se arrastraron fuera de sus agujeros, con los ojos inflamados, las caras negras por el fuego y sus uniformes manchados por la sangre de sus compañeros heridos. Era un alivio poder salir fuera, aunque sólo fuese para respirar el aire lleno de humo y de olor a cordita. Empezaron a disparar furiosamente y los ingleses tuvieron pérdidas espantosas». Sus jefes no habían aprendido, concluye, «que era inútil dejar que seres humanos avanzasen contra las ametralladoras y contra un fuego intenso de infantería».

Lo que se consiguió el primer día fue ganar dos pueblos y un punto fuerte alemán a costa de 19.240 soldados ingleses muertos, 35.493 heridos, 2.142 desaparecidos y 585 prisioneros, a lo que hay que sumar unas 1.590 bajas francesas: en un solo día, el 1 de julio de 1916, el ejército británico tuvo más muertos que durante todas las guerras de Crimea y de Sudáfrica juntas, mientras que las bajas alemanas no pasaron de 13.000.⁸

Todo lo que se ganaba en los combates eran aldeas, que a veces se ocupaban por la mañana y se abandonaban por la noche, a costa de una inmensa mortandad. En nueve días de combate se había hecho retroceder a los alemanes de dos a tres kilómetros. El resultado final de la batalla, que duró cerca de cinco meses, fue conseguir un avance de diez kilómetros de profundidad, en un frente de unos cuarenta kilómetros de amplitud, a costa de 623.907 bajas aliadas, contra 429.209 alemanas.

Tampoco los alemanes salieron bien parados, puesto que las instrucciones de Falkenhayn de que defendieran cada palmo de terreno a toda costa fueron causa de grandes pérdidas. Dada la superioridad de los aliados en hombres y recursos, el desgaste sufrido en Verdun y en el Somme fue mucho más grave para los alemanes, lo que, combinado con el fracaso que significaba la ofensiva de Brusílov en el este y la inesperada entrada de Rumania en la guerra, explica que a fines de agosto de 1916 el Káiser destituyera a Falkenhayn, y lo reemplazara por Paul von Hindenburg, siempre con Erich Ludendorff como colaborador. Fue precisamente este último quien, tras acudir al Somme para ver qué fallaba, cambió por completo el sistema de combate, acabando con el sacrificio de grandes masas de infantería y con los planes fijados desde arriba, para dar

8. La prensa, sin embargo, tranquilizó al público británico diciéndole que todo iba bien y que las pérdidas humanas no eran importantes.

a los capitanes y tenientes que actuaban sobre el terreno más capacidad para adaptarse a la marcha del combate.⁹

Haig tuvo la desvergüenza de decir que la batalla del Somme había sido un éxito, porque había desgastado al enemigo. A. J. P. Taylor opina, en cambio, que fue un rotundo fracaso y, sobre todo, un desengaño: «El idealismo murió en el Somme. No hubo ya más voluntarios llenos de entusiasmo. Habían perdido la fe en su causa, en sus jefes, en todo excepto en la lealtad hacia sus camaradas de combate». Uno de los supervivientes afirmaba: «Los generales que ordenaron, planearon y dirigieron este criminal asesinato en masa fueron ascendidos, condecorados y más adelante ennoblecidos, en lugar de ser llevados a un tribunal y severamente castigados, en unión de los políticos que les habían incitado». En 1976 un oficial que había vivido la batalla concluía tajantemente: «El Somme no fue más que una matanza».

1917: ALEMANIA RECUPERA LA INICIATIVA

Hindenburg comenzó su gestión como Comandante Supremo del ejército alemán con un programa encaminado a alcanzar la victoria a toda costa, para lo cual pedía que se duplicase la producción de material de guerra y exigía un nuevo esfuerzo colectivo, lo que obligó a requisas de materiales —hasta las campanas de las iglesias— y al empleo de trabajo forzado —el de los prisioneros de guerra o el de trabajadores belgas reclutados a la fuerza— para cubrir aquellas actividades que no podían atender los obreros alemanes empleados en la fabricación de armas y municiones. Fue también entonces cuando exigió una reactivación de las campañas navales, lo que condujo a proclamar la guerra submarina sin restricciones.

Con Ludendorff mejoró la situación del ejército alemán en el frente del oeste, al corregir los errores que habían llevado al fracaso de Falkenhayn. Renunció de momento a las grandes operaciones al viejo estilo, e instaló sus fuerzas en las sólidas posiciones defensivas de la llamada por los aliados «línea Hindenburg» (para los alemanes «línea Sigfrido», *Siegfriedstellung*), con lo que consiguió prolongar su capacidad de resisten-

9. En diciembre, al término de un año en que los franceses habían sufrido 950.000 bajas, Joffre fue reemplazado en el mando supremo del ejército francés por Nivelle.

cia. Los jefes militares de la Entente no acertaron en cambio a rectificar, como lo demuestra que siguieran sacrificando un enorme número de vidas de sus soldados en acciones de desgaste. Los ejemplos más claros de esta insensatez fueron los episodios del «Chemin des Dames» y, sobre todo, los combates en torno a Passchendaele, cerca de Ypres.

En el Chemin des Dames el nuevo general en jefe del ejército francés, Nivelles, quiso dar a mediados de abril de 1917 un gran golpe por sorpresa, en que no hubo tal sorpresa, puesto que los alemanes se enteraron de sus planes con antelación, pero sí un nuevo e inútil sacrificio de soldados (132.000 bajas francesas en poco más de diez días, con 28.000 muertos y 20.000 prisioneros). Entre los aspectos más lamentables del combate figura el trato dado a los «tiradores senegaleses», soldados africanos que fueron conducidos sin ninguna consideración a una masacre: se les llevó a zonas en que nevaba todavía, sin estar adecuadamente preparados. Pese a lo cual avanzaron, con bajas del 60 % —1.400 muertos en el primer día—, hasta que, por la noche, la propia artillería francesa acabó disparando sobre ellos.

La consecuencia inmediata de un estilo de guerra semejante fueron los motines de los soldados franceses, que se negaban a obedecer las órdenes de regresar al frente, con lo que crearon una situación que, de haberla aprovechado a tiempo los alemanes, les hubiese permitido penetrar hasta París. Ante la magnitud del desastre, Nivelles fue reemplazado por Pétain, que no organizó grandes campañas, porque era partidario de la defensiva, pero no pudo evitar que las bajas siguieran aumentando en los combates locales.

Más al norte, en el sector que cubrían los ingleses, Haig siguió buscando una gran victoria en la tercera batalla de Ypres, que se justificaba por la necesidad de asegurar el dominio de la costa. Los combates, que se iniciaron en junio, entraron en una fase decisiva el 13 de septiembre, con un ataque en que se lanzaron 3,5 millones de proyectiles, sin demasiado efecto. Después, de octubre a noviembre, las acciones se desarrollaron en torno al pueblo de Passchendaele, en un terreno convertido por las lluvias en un mar de barro: los hombres podían morir ahogados en un cráter lleno de lluvia, las caballerías se hundían con sus cargas, y los cañones no encontraban terreno sólido en que asentarse. Estos combates costaron unas 470.000 bajas a los aliados y 270.000 a los alemanes. Lo que no sirvió para nada, porque la localidad era difícil de defender y los alemanes la recuperaron el 1 de abril de 1918.

Eran momentos en que el cansancio de la guerra se dejaba sentir entre los combatientes. Los motines de soldados franceses, ingleses e italianos se multiplicaron en el transcurso de 1917, y una de sus consecuencias fueron los fusilamientos de los amotinados: 600 franceses, 330 ingleses y 750 italianos, limitándonos a los que fueron juzgados previamente, sin contar los ejecutados sobre el terreno. Un cansancio que se reflejaba también en la población civil: en abril de 1917 trescientos mil obreros alemanes se declaraban en huelga, protestando por la reducción de la ración de pan.

Este rechazo a la guerra se había manifestado con anterioridad en la política alemana en una disidencia entre los socialistas: en marzo de 1916 un total de 19 diputados del SPD, con Hugo Haase a su frente, se negaron a votar los nuevos créditos para la guerra, fueron expulsados del partido y fundaron el USPD (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands o Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania).

La suerte del conflicto pareció que podía cambiar a favor de Alemania a fines de 1917, con el hundimiento del frente ruso y el triunfo de la revolución bolchevique —un acontecimiento al que hay que prestar atención por separado— que condujeron a la firma de un armisticio, en diciembre de 1917, y al tratado de paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918 (un tratado tan abusivo, que el SPD se abstuvo de votar su aprobación en el Reichstag). El 7 de mayo se firmó, además, el tratado de Bucarest, que certificaba la derrota de Rumania.¹⁰

Mientras Guillermo II seguía soñando en una expansión hacia el este y en la sujeción de la raza eslava a los germanos, para Ludendorff el final de los combates en Rusia significaba simplemente la posibilidad de disponer de tropas para otros fines. De momento pudo enviar a Italia siete divisiones en apoyo de los austríacos, donde contribuyeron, a partir del 24 de octubre de 1917, a obtener una victoria total en Caporetto. El frente italiano se desmoronó y sus tropas cedieron más de un centenar de kilómetros en una despavorida huida que dejó tras de sí 700.000 bajas (con 275.000 prisioneros), 2.500 cañones y grandes cantidades de material. Los aliados se vieron obligados a enviar once divisiones para evitar un hundimiento total del ejército italiano, y los jefes de los gobiernos britá-

10. En octubre de 1918, cuando era ya inevitable la derrota de los imperios centrales, los rumanos denunciaron el tratado y volvieron al combate, lo que les permitió acabar la guerra como vencedores, y sacar un considerable provecho de ello.

nico y francés, Lloyd George y Clemenceau, aprovecharon la ocasión para, en una conferencia celebrada en Rapallo el 5 de noviembre, crear un Consejo Superior Interaliado de la Guerra que arrebató la dirección suprema del conflicto de las manos incompetentes de los generales.

LA GUERRA EN EL MAR Y LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS

Estas noticias favorables a los imperios centrales se vieron contrarrestadas por la amenaza que significaba la entrada en el conflicto de Estados Unidos, que declaró la guerra a Alemania el 5 de abril de 1917, si bien los primeros soldados norteamericanos no iban a llegar a Francia hasta muchos meses más tarde.¹¹

El presidente norteamericano, Woodrow Wilson, se había esforzado hasta entonces en promover negociaciones de paz, aunque los norteamericanos proporcionaban alimentos y armas a los británicos, lo que los alemanes trataban de impedir con sus submarinos.

La guerra naval, para la que británicos y alemanes se habían preparado construyendo grandes embarcaciones de combate, fue un fiasco total. Todo este costoso armamento apenas salió al mar y no se empleó más que en un gran encuentro, la batalla de Jutlandia, en junio de 1916. El choque, que resultó más bien favorable a los alemanes (los británicos perdieron 112.000 toneladas y 6.000 marineros, por 61.000 toneladas y 1.500 marineros los alemanes), significó una completa decepción para los británicos, que tenían un potencial mucho mayor y contaban con él para la victoria. Los alemanes recibieron su triunfo con euforia —«la maldición de Trafalgar se ha roto», proclamó el Káiser— pero eran conscientes de que no podían lograr nada en este escenario, de modo que hicieron volver la flota a los puertos, de donde no salió hasta el fin de la guerra.

La contribución más importante de la flota británica al conflicto no se manifestó en el combate, sino en la protección ofrecida a su marina mercante (que representaba cerca el 40 % del tonelaje mundial) para asegurar el transporte de hombres y suministros desde América, la India o Austra-

11. El ejército norteamericano no sobrepasaba en tiempos de paz los 190.000 hombres, lo que obligó a efectuar una gran labor de reclutamiento y preparación antes de disponer de una fuerza expedicionaria que pudiese desempeñar un papel importante en el equilibrio de la guerra.

lia, a la vez que les permitía establecer un bloqueo para impedir el aprovisionamiento del enemigo, no sólo en armamento, sino también en alimentos y fertilizantes, lo que hoy sabemos que causó serios problemas de desnutrición a los alemanes, y en especial a sus niños.

Como los británicos, que contaban además con la ventaja de haber descifrado los códigos de transmisiones de sus enemigos, podían bloquear el mar en superficie, los alemanes replicaron con la actividad de sus submarinos, empeñados en romper las líneas de abastecimiento británicas en el Atlántico. Lo hicieron con un notable éxito, puesto que a fines de 1916 habían hundido ya más de dos millones de toneladas de embarcaciones de los aliados. El escándalo producido por el hundimiento de algunos barcos de pasajeros, como el trasatlántico *Lusitania*, torpedeado el 6 de mayo de 1915 (donde murieron 1.198 civiles, incluyendo 128 norteamericanos), les forzó por un tiempo a respetar las leyes de la guerra, que obligaban a los submarinos a emerger para identificar las embarcaciones. Sin embargo, la importancia que tenía para los alemanes dejar a Gran Bretaña sin los suministros vitales para prolongar su resistencia les llevó a proclamar la guerra submarina sin restricciones, que empezaría a aplicarse a comienzos de febrero de 1917: una medida que el propio Bethmann Hollweg calificó como «una segunda declaración de guerra».

Los resultados iniciales, con hundimientos del orden de las quinientas toneladas al mes (exagerados por la prensa alemana hasta más de ochocientos mil), fueron espectaculares, hasta el punto de que los propios dirigentes británicos, cuyos recursos económicos estaban al borde del agotamiento como consecuencia del pago de las importaciones de alimentos y armas, llegaron a creer en 1917 que los alemanes estaban en camino de ganar la guerra. Un temor que se agravó ante la serie de fracasos en los escenarios de combate terrestres que se fueron acumulando desde el otoño de 1917 a la primavera de 1918: derrota de los italianos en Caporetto, revolución bolchevique y firma de la paz de Brest-Litovsk...

Woodrow Wilson había ganado en 1916 su reelección como presidente de Estados Unidos presentándose como el hombre que había mantenido el país al margen de una guerra que, por otra parte, había beneficiado considerablemente a la economía norteamericana, tanto por sus grandes exportaciones de armas como por la implicación de los bancos, y en especial de J. P. Morgan, en la gestión de créditos y la emisión de bonos a favor de los gobiernos de Francia y Gran Bretaña.

En enero de 1917 Wilson formulaba ante el senado una propuesta para terminar la guerra con una «paz sin victoria», a la que los alemanes respondieron con la proclamación de la guerra submarina sin restricciones, que iba a afectar de pleno a las embarcaciones norteamericanas y que condujo a que el 3 de febrero el Congreso de Estados Unidos aprobase la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania.

Wilson no hubiera ido más allá, sin embargo, sin la provocación que significó el llamado «telegrama Zimmermann», del nombre del ministro de Asuntos exteriores alemán que el 16 de enero de 1917 envió instrucciones al embajador alemán en México para que entregara al gobierno mexicano una nota en que decía: «Pensamos iniciar la guerra submarina sin restricciones el 1 de febrero. Trataremos, con todo, de mantener neutral a Estados Unidos. En caso de que esto no se consiga hacemos a México el ofrecimiento de una alianza sobre las siguientes bases: hacer la guerra juntos, hacer la paz juntos, generosa ayuda financiera y apoyo por nuestra parte para que México recupere los territorios perdidos en Texas, Nuevo México y Arizona».

Los británicos, que interceptaron en México el mensaje, lo dieron a conocer al público. A la indignación que provocó el telegrama contribuyó el hecho de que había sido enviado al embajador alemán en Washington por el cable submarino transatlántico norteamericano, desde la terminal de la embajada de Estados Unidos en Berlín, por la que los norteamericanos permitían que los alemanes enviaran textos codificados, bajo palabra de honor de que sólo se transmitirían mensajes relativos a las negociaciones de paz.

La propuesta era tan absurda que Zimmermann pudo haber evitado el desastre desmintiendo su autenticidad; pero cometió la estupidez de reconocerlo y la indignación que produjo lo que la prensa norteamericana interpretó como un plan para una invasión prusiana de América contribuyó a facilitar la entrada de Estados Unidos en la guerra. Wilson se presentó el 2 de abril de 1917 ante una sesión conjunta del Congreso pidiendo que aprobaran «una guerra para terminar todas las guerras»: el 6 de abril se aprobó la declaración de guerra a Alemania y el 7 de diciembre a Austria-Hungría.

Estados Unidos no entraba en el conflicto como aliado de la Entente, precisó Wilson, sino como «asociado», conservando una independencia que les permitiría disentir de los gobiernos francés y británico. Algo que quedó en evidencia en su discurso de 8 de enero de 1918 en que ex-

puso los «catorce puntos» para la paz, con los que fijaba por su cuenta, sin haberlo consultado previamente con los gobiernos de la Entente, las condiciones para la paz que habían de marcar el futuro del mundo, con exigencias puntuales como la desarticulación de los imperios austro-húngaro y otomano, la creación de un estado polaco independiente, y otras de tipo más general, como la libertad de comercio y navegación o la formación de una «asociación general de naciones».

MÁS ALLÁ DE EUROPA: UNA GUERRA MUNDIAL

Las guerras imperiales

Lo que hizo de la Gran guerra un conflicto mundial fue el hecho de que en ella no se enfrentasen naciones, sino imperios. De carácter netamente imperial fue la guerra en África, donde combatieron las colonias francesas y británicas contra las alemanas. Esto es, donde se enfrentó a los colonizados, dirigidos por funcionarios y militares de las metrópolis, en una guerra en que el papel que desempeñaron los nativos fue sobre todo el de resolver el problema del transporte como porteadores, en número muy superior al de soldados (esta misma dificultad de transporte explica el escaso papel de la artillería en las campañas africanas). Hubo combates en diversos escenarios, como en Camerún; pero el episodio más notable de esta guerra tuvo por escenario Tanganica (África Alemana del Este, en la actual Tanzania), donde el coronel Paul von Lettow-Vorbeck, consciente de que no podía enfrentarse en campo abierto a los británicos con su pequeño ejército, integrado por doscientos europeos y unos dos mil askaris nativos, se dedicó a hostilizarlos con actividades de guerrilla, y consiguió llegar al fin de la contienda (se rindió el 25 de noviembre de 1918, a las dos semanas de firmado el armisticio en Europa), habiendo mantenido ocupados en África a un considerable número de soldados de la Entente.

De un carácter muy distinto fue la participación en la guerra de los japoneses, que enviaron un ultimátum a Alemania para que les entregase todas sus concesiones en China, le declararon la guerra el 23 de agosto de 1914 y se apoderaron de la base alemana de Tsingtao (Qingdao), en la península de Shantung, en una operación en que colaboraron tropas británicas. Más adelante, y de acuerdo con los británicos, contribuyeron a expulsar a los alemanes de sus posesiones en el Pacífico (islas Marianas,

Carolinas, Marshall). Aprovechando su presencia en China, los japoneses presentaron, el 18 de enero de 1915, sus «Veintiuna demandas» al presidente Yuan Shikai, en un primer paso de su intento de convertir China en un estado vasallo.

Pero la aportación que hicieron a la guerra las colonias y los territorios dependientes fue mucho mayor, puesto que las metrópolis imperiales, además de consumir sus recursos, se llevaron a sus súbditos a pelear y morir en tierras extrañas por causas que les eran ajenas. Francia, por ejemplo, utilizó unos quinientos mil soldados coloniales en el frente del oeste, y otros doscientos mil fueron llevados a las industrias de guerra, en condiciones próximas a las del trabajo forzado. Los franceses reclutaron no sólo africanos, sino también malgaches, vietnamitas, canacos y tahitianos, hasta que la evidencia de la forma inhumana en que eran sacrificados suscitó revueltas en todas las colonias.

La amplitud de su imperio favoreció, en el caso de Gran Bretaña, el volumen y la diversidad de su reclutamiento colonial. Mientras los movilizados en África, que incluían cien mil hombres aportados por Sudáfrica, se destinaron a la lucha en el propio continente, la aportación de la India fue impresionante: 130.000 soldados hindúes lucharon en Occidente y unos 750.000 en el Oriente próximo. Muy importante fue también la contribución de los «dominios», que incluían tropas «nativas», como los maoríes neozelandeses: Canadá envió 500.000 hombres a Europa y al Oriente próximo, Irlanda 200.000, Australia más de 300.000, Nueva Zelanda 100.000... Alrededor de 250.000 de estos perdieron la vida en combates en que las bajas pasaban del 50 %.

El Imperio otomano y la guerra santa de Oriente

La guerra que el Imperio otomano, aliado a Alemania y a Austria-Hungría, declaró a las potencias de la Entente el 2 de noviembre de 1914 era de una naturaleza distinta a la que se estaba desarrollando en los campos de Francia o de Austria: era una guerra santa, una yihad contra los cristianos proclamada desde Estambul por el sultán turco Mehmet V en su condición de califa (aunque el poder político estuviese desde 1909 en manos del Comité de Unión y Progreso de los «jóvenes turcos» [CUP], el sultán conserva-

ba su autoridad religiosa). La idea de establecer una alianza con Turquía y sublevar a los pueblos islámicos, desde Marruecos hasta la India, contra sus opresores cristianos parece haber surgido del arqueólogo y orientalista alemán Max von Oppenheim, y la verdad es que, aunque el llamamiento a la guerra santa no fuera atendido ni en la India ni en el norte de África, esta operación llegó a ser más importante de lo que se suele pensar.

Los turcos entraron en la guerra contando con la ayuda y el asesoramiento de los alemanes, que les habían cedido previamente dos cruceiros para que hicieran frente a los rusos en el mar Negro. De hecho su participación comenzó cuando el 29 de octubre, antes por tanto de la declaración de guerra, barcos turcos atacaron los puertos rusos. Sus planes consistían en atacar sobre todo en dos frentes: hacia el Cáucaso, para recuperar territorios anexionados por Rusia tras la guerra de 1877-1878, y hacia Egipto, que era una provincia otomana ocupada por los británicos, que la convirtieron entonces en protectorado y destituyeron al virrey nombrado por Estambul.

Los rusos respondieron en noviembre atacando por el este de Anatolia, mientras los británicos desembarcaban en Irak, en una campaña destinada inicialmente a proteger la refinería de petróleo de Abadán, y ocupaban Basora con unas tropas integradas fundamentalmente por soldados hindúes, a la vez que reunían en Egipto una fuerza militar considerable, en que participaban hindúes, neozelandeses y australianos, con el doble propósito de intervenir en el Oriente próximo y de resguardar el canal de Suez, contando además para ello con la colaboración de embarcaciones francesas. Había que defender el petróleo iraní y la ruta hacia la India, que eran dos pilares fundamentales del Imperio británico.

Mientras el ministro de la Guerra turco, Enver Pashá, se disponía a atacar a los rusos por el Cáucaso, Cemal Pashá, un general nativo de Georgia que formaba también parte de la cúpula de poder de los Jóvenes Turcos, se instalaba en Siria con plenos poderes para reunir un ejército con el que atacar Egipto a través del Sinaí.

La campaña contra los rusos, en que se esperaba contar con el apoyo de los musulmanes del Cáucaso, fracasó. Enver y sus consejeros alemanes pretendieron repetir allí el esquema de la batalla de Tannenberg, lo que era imposible en un escenario montañoso y en una época de frío intenso, con unas tropas que carecían del equipamiento adecuado para luchar en estas condiciones. La batalla por la toma de Sarikamış, a fines de noviembre de 1914, acabó en una terrible derrota de las fuerzas otomanas.